

ANA EUGENIA MILLERET

Una única mirada:

Jesucristo

y la extensión de su reino

Estudios de Archivos N° 3

ANA EUGENIA MILLERET

Una única mirada: Jesucristo y la extensión de su Reino.

En 1985 el Padre Bouchet ⁽¹⁾ Dominicco, Director de la revista “LA VIDA ESPIRITUAL”, pedía a la Congregación su contribución para un próximo número sobre el siglo XIX. Se escribió pues un artículo sobre **M^a Eugenia y el pensamiento original de la Asunción**. Este texto apareció en Septiembre-Octubre 1985, en el N° 666 de la “Vida espiritual” (Editions du Cerf) titulado:

“Reflejos de un siglo considerado sin brillo, el XIX”

La fecha coincidía con el CGP de Auteuil y las Provinciales recibieron el folleto. Más tarde volvió a solicitarse el texto, - a veces traducido y descubierto por algunas hermanas en su estancia en Auteuil. Por esto creemos positivo enviarlo hoy a la Congregación. Presentación sintética de una historia que conocemos de memoria, pero que nunca cesaremos de profundizar.

Las referencias no fueron impresas para simplificar, se encuentran en el anexo así como algunos textos complementarios.

*

El n° 666 de la “Vida espiritual” se continuó en Noviembre-Diciembre 1985, con otro número bajo el título:

“Corrientes espirituales del último siglo”

Unas palabras a manera de introducción:

“Otra vez el siglo XIX ... La búsqueda que llevamos a cabo para el fascículo precedente nos ha llevado a prolongar nuestro viaje por ese siglo considerado sin brillo... No faltan personalidades atractivas y audaces, realizaciones sorprendentes... Aquí evocamos algunas de ellas, comentando, por falta de espacio, algunas omisiones importantes: las peregrinaciones, la prensa, la literatura, la extraordinaria floración de vocaciones. También tendríamos que haber tenido en cuenta las sombras y las carencias. Nos hubiera gustado un estudio sobre Lamennais, otro sobre Chateaubriand. Ojalá puedan estas páginas, en todo caso guardarnos de simplificaciones apresuradas, y de juicios ya hechos... En el último siglo ocurrieron grandes cosas”

*

En este siglo vivió M^a Eugenia, “apasionada por el Evangelio y por su época” y las conferencias de Lacordaire, a punto de convertirse en hijo de Santo Domingo, marcaron una fecha en su vida.

Sr. Thérèse-Maylis.
Auteuil – Enero 1988

¹ Padre Bouchet, Provincial de Francia, antiguo Maestro de novicios, y amigo de la Asunción, murió de repente el 15 diciembre 1987 a la edad de 51 años. Las hermanas que siguieron la “Sesión de Educación” en 1985, recuerdan el retiro predicado por él

ANA EUGENIA MILLERET

Una única mirada: Jesucristo y la extensión de su Reino.

*Nacida en Metz, el Agosto 1817.
Muerta en París el 10 Marzo 1898.
Ana Eugenia Milleret,
Sor M^a Eugenia de Jesús, fundadora
de las Religiosas de la Asunción en
París, el 30 Abril 1839.*

1817. En la Francia de la Restauración, una publicación cuyo título pretende sacudir las conciencias: *Ensayo sobre la indiferencia en materia de religión*.

En la introducción, Lamennais escribe: *“La felicidad no existe más que en la verdad porque ahí reside el único descanso. El error embriaga, la indiferencia adormece, pero ningunos de los dos llena el vacío del corazón”*.

1835. Por primera vez, Lacordaire predica en Notre Dame de París. Pregunta con ardor: *“¿Por qué estoy hablando en este recinto? Asamblea, asamblea, decidme: ¿Qué me pedís?, ¿Qué queréis de mí?, ¿La verdad? No está en vosotros y por eso la buscáis, queréis recibirla y habéis venido aquí para que se os enseñe”*

1836. Entre las masas que se apiñan bajo la bóveda de Notre Dame, una joven de diez y nueve años, Ana Eugenia Milleret. Sin estar muy convencida, acompaña a sus primas, de piedad más bien estrecha – pero *“puesto que habrá que celebrar la Cuaresma -, escogí la suya, y allí la gracia me esperaba”*, escribirá más tarde al Padre Lacordaire a quien la había conducido *“la misericordia que la perseguía”*. (1)

“Me agarro a la fe como a algo que he descubierto” (Confidencias de sus notas íntimas durante los meses posteriores a esa cuaresma). (2)

¿La verdad para ella? Una búsqueda dolorosa, iluminada un día por la seguridad de una presencia y el deseo de un compromiso.

El mundo no es lo suficientemente grande para mi amor, quisiera derramar oleadas en todos los corazones fatigados y sobre todo poder ofrecer esta Luz y este amor a todos los que no lo conocen.

INFANCIA Y JUVENTUD

Una atmósfera

“Fui educada en una familia no creyente que pertenecía a la oposición liberal de la Restauración”.

Penúltima de cinco hermanos, Ana Eugenia nació en Metz donde su padre ocupaba un puesto de alto funcionario. Hombre frío, severo, partidario de las ideas de Voltaire. Mas tarde Ana Eugenia evocará sus lecturas y las conversaciones escuchadas en el salón de su padre, lo que provoca en ella múltiples interrogantes. Su madre Leonor Eugenia de Brou, es el alma de la casa; su fuerte personalidad, inteligente y enérgica, tiene mucha influencia en el corazón de sus hijos.

Mi madre (sin embargo) deseaba verme cristiana, y su carácter amplio y enérgico la llevaba a imprimir en su educación un estilo de renuncia que me ha parecido siempre tan cristiano como muchas educaciones plenamente religiosas.

¿Conveniencias sociales o convicción religiosa? Ana Eugenia recibe el Bautismo el 5 de Octubre de 1817, en Preisch en la campiña lorena, donde la familia posee una propiedad. En la capilla del castillo vela una estatua de Ntra. Sra. de la Consolación que la niña solía visitar. Las ventanas de la propiedad dominan Francia, Luxemburgo, Alemania; la mirada se familiariza con los bastos horizontes que más tarde se convertirán en llamada. Ana Eugenia aprende de su madre el respeto a los pobres y a los que sufren. Las cualidades fundamentales de valor, rectitud, sencillez modelan su corazón. Paseos en la profundidad de los bosques. Vastas extensiones de campos y de praderas, exigencia y amplitud de miras, vida y libertad; impresiones imborrables para mañana.

Una fecha: Navidad 1829

“Cogida por la infinita grandeza de Dios y mi extrema pequeñez”.

Hice mi primera comunión más tarde de lo corriente, en la iglesia de Sta Ségolène, en la Misa Mayor de las 10 el día de Navidad.

Ese día cogida por la gracia inesperada, inexplicable: la inmensidad de Dios. Doce años más tarde, en los días siguientes a su primera profesión religiosa, recuerda.

En mi primera Comunión que hice sola y sin la preparación ordinaria, yo sentía tan profundamente como pude sentirlo después, una separación silenciosa de los que podía ser un vínculo para mí, para penetrar sola en la inmensidad de Aquel que poseía por primera vez. Estas cosas no pueden explicarse y no comprendo como tenía tanta alegría, porque amaba y admiraba tanto a mi madre que, en mi ingenuidad, creía que no podía morir, y si llegara el caso, su muerte me haría comprender que nada lograría interesarme.

Gracia que la abre al misterio y a la Iglesia, desconocida hasta entonces.

En el instante en que recibí a Jesucristo, fue como si todo lo que había visto en la tierra, incluso mi madre, no fuese más que una sombra pasajera, una apariencia fuera de la cual me salía enteramente y en verdad sentía más vínculos con sacerdotes desconocidos, con los que me rodeaba en aquella iglesia, que con mi familia y lo que me rodeaba entonces.

Gracia de la intimidad con Dios.

Me parecía que los ojos se me cerraban a todo lo que había visto entonces, para abrirse a Aquel que era Único para mí. Perdida en mi Dios, mi alma olvidaba todo el resto... No sentía la presencia de nada, sino de Dios, cuya inmensidad parecía suspender y absorber todas mis potencias... Creí que debía ser el efecto de la Comunión en dónde uno está más en Dios que en sí misma. (5)

Por encima de todo, gracia de adoración por Jesucristo, y alabanza en ella, para ella. En 1888, diez años antes de su muerte, confiará:

A propósito de devociones, os ha de extrañar la mía, hermanas. Es el ser de Dios, y cosa extraña, desde mi infancia me ha invadido este pensamiento. Cuando hice mi primera Comunión, me parecía que aquel que acababa de recibir, me llevaba al trono de Dios, para rendirle, en mí, el homenaje que yo sola no era capaz de darle.

Intuición también de una llamada:

Al volver de la Sagrada Mesa, me sentía intimidada de tener que atravesar el coro donde estaban los canónigos y me preguntaba cómo encontraría a mi madre, cuando oí dentro de mí una voz que me decía: “Perderás a tu madre, pero yo seré para ti más que una madre. Llegará un día en que abandonarás todo lo que amas para glorificarme y servir a esta Iglesia que no conoces”...

Fue la primera llamada de Dios a mi alma. Lo que os digo ahora, no estaba entonces tan claro, porque no estaba entonces instruida. Había recibido entonces pocas lecciones de catecismo. Iba unas veces a la parroquia, otras a casa del cura. (6)

Adolescencia atormentada. Sufrimientos y dudas.

“Apenas reconozco hoy a una sola persona de las que conocí en mi infancia, familia, posición, vivienda, todo ha cambiado”. (7)

A partir de 1830, las pruebas se suceden: Enfermedad que le obliga a interrumpir sus estudios en un colegio de Metz; la ruina: tras las consecuencias de la Revolución, la fortuna de M. Milleret se derrumba bruscamente. Precintos por todas partes como en una casa mortuoria, así le escribe a una amiga. Pronto, habrá que vender Preisch y llevar un tren de vida modesto. Roto, “ese vínculo de posesión, tan estrecho desde la infancia que te une incluso a los lugares”; desavenencias entre sus padres. Ana Eugenia es un testigo importante y doloroso. El hogar se rompe. Ella se va a París sola con su madre, con la que aún se siente más unida con el sufrimiento; la muerte: en 1832, la Sra. Milleret muere en unas horas de cólera. La adolescente se encuentra sola con quince años.

Toda su vida lo recordará: la soledad, la impotencia, el dolor de la ruptura, la ausencia de apoyo religioso. Su oración quedará marcada con una actitud de ofrenda personal. Por el momento es el desconcierto, mas, toda la estancia sucesiva con dos familias amigas.

Sola y libre con mis pensamientos que no interesaban a nadie. (8)

Su padre la confía, primero a una amiga rica y mundana. Ana Eugenia trata de divertirse. Esta vida nueva la seduce. Pero en ese ambiente, siente con más agudeza su drama de adolescente:

Mis pensamientos son un mar agitado, que me fatiga y me pesa, tanta inestabilidad, nunca reposo, un ardor febril que va más allá de los límites de lo posible... una necesidad inquieta de conocimiento y de verdad que nada puede satisfacer... Y además los sueños del corazón, necesidad de afectos que nada llena, uniones de alma imposibles aquí abajo. Estoy sola, sola en el mundo, en un amargo aislamiento de alma. (9)

Romanticismo de su tiempo, época de Chateaubriand, Lamartine, Victor Hugo que lee y cita; pero sobre todo expresión de su desconcierto, de su deseo de infinito. Más tarde explica:

Mi ignorancia de los dogmas y de las enseñanzas de la Iglesia era inconcebible. Sin embargo había recibido como las demás las instrucciones del catecismo, había hecho la primera Comunión con amor e incluso Dios me había favorecido con gracias que, con su palabra habrá sido el fundamento de mi salvación.

... Las dudas que siempre había tenido aumentaron, pasé unos años interrogándome sobre la base y el efecto de unas creencias que nunca había comprendido. Sola y libre con mis pensamientos que no interesaban a nadie, me preguntaba a menudo, qué sería de los seres y de mi misma, si más allá de la tumba quedaría algo de nosotros, y sobre todo, cuál era el misterio, cual era el deber de la existencia aquí abajo”.

El recuerdo de la primera Comunión, “ese sentimiento, que dejó por el momento, tan poca huella” permanece sin embargo en ella:

“Pero, Dios, en su bondad, me había dejado un vínculo de amor, podía dudar de la inmortalidad del alma, pero rechazaba involuntariamente todo lo que atacaba al Sacramento del altare y cuando en la iglesia, a veces, veía la Sagrada Hostia en las manos del sacerdote, le pedía, a pesar mío, que me hiciese sin mancha como ella y que me atrajera a lo alto”.

Vínculo de amor y lucha constante:

Pero toda mi instrucción de la que Cristo estaba ausente, representaba en su mismo desarrollo, un obstáculo invencible a los benditos atractivos.

Un nuevo cambio me llevó junto a mujeres muy piadosas, y quizá fue ese, mi mayor peligro. Me aburrí, me parecieron estrechas y, aunque con ellas volví a mis confesiones anuales por Pascua, jamás tuve quizás, tanto espíritu mundano y nunca estuve más cerca de despreciar el espíritu de Dios. (10)

Cuaresma 1836

“Durante la Cuaresma de 1836, asistí a las conferencias del P. Lacordaire. Para tener asiento llegábamos con mucho tiempo. Así recé largas horas en Notre dame”.

Según las costumbres de su nuevo ambiente, había que seguir una Cuaresma. La fama del predicador de Notre Dame, dicta la elección. Durante horas, la joven espera. Esta espera la dispone a la escucha, abre su corazón a la acogida de la palabra que va a cambiar su vida.

Las largas horas que pasé esperando, y la misma iglesia por la que habían pasado tantas generaciones cristianas, cuyo espacio me parecía reservado a las pisadas de los que habían consagrado a Dios su vida, actuaban profundamente en mí. Creo que Dios, había tocado mi alma por primera vez en la primera Comunión, pero no lo había comprendido.

El tema de las conferencias era: *“La doctrina de la Iglesia en general, su naturaleza y sus fuentes”* - su materia y de su forma, - la Tradición - la Escritura, - la razón, - la fe, - los medios de adquirir la fe.

Desde la primera conferencia, era ya una invitación: “Entrad con respeto por las grandes avenidas de la verdad, enseguida se os aparecerá el santuario y ya de lejos sentiréis la presencia. Al final del desarrollo la gran cuestión: “¿Cómo adquirir la fe?. Como respuesta, nuevas preguntas que son más bien afirmaciones: “Todos podemos rezar, porque o creemos o dudamos. Insectos de un día, perdidos bajo una brizna de hierba, nos gastamos en vanos racionamientos, nos preguntamos de donde venimos, a donde vamos, pero no podemos decir estas palabras: “¿Oh Tú, quienquiera que seas, que nos has hecho, dignate sacarme de mi duda y de mi miseria?”. ¿Quién es el que no puede rezar así?, ¿Qué excusas tiene quien no trata de fundar su fe en la oración?.

En varias páginas de notas, tomadas en esta época, la joven vuelve sobre esos temas escuchados. Se interroga sobre sus propios pensamientos y relee su camino intelectual y religioso.

Me preguntan cómo yo he pasado de la duda a la fe, y dicho sea de paso, de una duda en la que me parecía más por mis acciones y mis ideas, a los cristianos que me rodean, de lo que me parece ahora que tengo fe. Mientras más creo, más se me escapa el eslabón de esta cadena... Si quisiera resumirlo, me parece que éstas eran las cuestiones que mi espíritu se planteaba... (11).

Y más allá:

No puedo dar ninguna razón de mi fe. Sin embargo llegué a la fe a través del convencimiento de la inteligencia. Es verdad, cuando después de la fe, encontré el amor, todo palideció a mi vista, quise hacer silencio en todo; sólo traté de sumergir mi alma en las oleadas de Sangre que veía derramar sobre el altar.

Al mismo P. Lacordaire testimonia más tarde:

Sus palabras respondían a todos mis pensamientos, explicaba mis instintos, completaba mi comprensión de las cosas, reanimaba en mí esta idea del deber, este deseo del bien, dispuesto a marchitarse en mi alma, me ofrecía una generosidad nueva, una fe que ya nunca iba a vacilar.

No puedo medir, padre, mi agradecimiento, estos beneficios no se pagan más que en el cielo, pero puedo decir que desde entonces, no ha habido en mí sacrificio ni oraciones en que no haya tenido Ud. el primer lugar. Era el último año de sus conferencias, antes de su ida a Italia, me atreví a pedirle unos momentos y aunque sólo le hablé entonces de mis dudas, de las dificultades de mi posición, y que mis primeros pensamientos de vocación religiosa, le hicieron sonreír, sin embargo, estaba realmente convertida, y había concebido el deseo de entregar todas mis fuerzas, mejor dicho, toda mi debilidad a esa Iglesia que para mí, de aquí en adelante, tenía la única, el secreto y la capacidad del bien. (13)

Otro texto tiene la misma resonancia, pero revela otro aspecto de la entrevista, una luz sobre la vida religiosa, obra de libertad, de Redención.

Al final de las conferencias, deseaba vivamente ver al P. Lacordaire, mi espíritu tenía dudas, mi posición era también difícil, me aconsejó muchas lecturas serias: me indicó a M. De Maistre, M. De Bonald, Bourdaloue, etc. , y sin entrar en la idea de vocación religiosa, de la que le dije una palabra, me dijo cosas magníficas de la vida religiosa que jamás he olvidado. Me la presentó como el don que el alma hace de sí misma a Jesucristo para ayudarlo en la obra del rescate de la humanidad, cada uno según su atractivo, unos mediante el sufrimiento, otros por el apostolado de las buenas obras. Me puso como ejemplo la obra de la Redención de Cautivos, donde se promete a Jesucristo hacerse esclavos para liberar a los cautivos que Él vino a redimir, forman servi accipiens. Mi resolución a partir de esta época fue la de hacerme seria y verdaderamente cristiana, no como el mundo sino como el Evangelio. Pasé el año leyendo, rezando a menudo como podía, porque no tenía ningún guía y estaba poco instruida en lo relativo al servicio de Dios. (14) (L 01509, 8 Nov 1862)

HACIA LA VIDA RELIGIOSA

El año siguiente a San Eustaquio

“Creí tener signos de la Providencia para dirigirme al Abbé Combalot”. (15)

Transcurrió un año dedicado a completar el estudio del cristianismo y a la renovación intelectual, que se estaba haciendo en ella, un año de búsqueda y de oración. Le apasionaba la lectura: las ideas de Lamennais, de Montalembert, la política, la cuestión social, el papel de la Iglesia, todo hace vibrar en su ser sediento de verdad. Acaba de experimentar la fuerza liberadora de Jesucristo y querría trabajar en la liberación de los hombres en una sociedad transformada por el Evangelio. No sabe no dónde, ni como. Espera los signos de Dios.

En la cuaresma de 1837, en S. Eustaquio, se produce el encuentro con el Abbé Combalot (1797-1873). Antiguo discípulo de Lamennais, predicador infatigable, sembrando sin descanso las ideas romanas con las que surca toda Francia. Desde hace año, una idea le obsesiona: fundar una congregación femenina moderna, arraigada en la rica tradición de la oración de la Iglesia y que afronte las cuestiones nuevas planteadas a la fe, capaz de colaborar en la renovación fundamental que se impone a la educación femenina.

En otro tiempo, “con ocasión de una peregrinación a Sainte-Anne d’Auray, pensó haber recibido un conocimiento particular del futuro de ese designio, y creyó ver que las nuevas hijas de la Sma. Virgen llevarían el título de la Asunción”.

Un primer ensayo de fundación, falló por completo. Hoy cree discernir en la joven que se dirige a él, la persona que Dios ha elegido para esa obra: *“Dios la envía, Dios quiere que se quede”*.

M. Combalot, tenía un modo fogoso de hablar que suscitaba entusiasmo, no era un discurso basado en la razón, sino una palabra de fe que movía el corazón, seguía la impresión del momento y a menudo no se sabía ni de donde venía ni adonde iba. (16)

Pero a pesar de todas las reticencias, una fuerza interior obliga a M^a Eugenia a ceder.

Creo que si Dios hubiese hecho a los hombres que me rodean, a muchos pecadores e incrédulos, la mitad de las gracias que me hizo, enviarme al más elocuente de sus servidores para convertirme, al más caritativo para dirigirme, creo que con la mitad de esas gracias – y he recibido otras muchas que incluso no conozco – hubiera hecho santos. (17)

El domingo de Quasimodo 1837, a la edad de 20 años, recibe el sacramento de la Confirmación de manos de Mgr. de Quelen, arzobispo de París. Impresión profunda de la acción de Dios. Ese día se fijó su vocación.

Religiosa sí, ¿Pero, fundadora?

“Jesucristo será el fundador de la Asunción y en sus manos, los más débiles serán los más fuertes” (le dijo al Abbé Combalot).

Si la lucha es grande al pensar en la obra que se le propone, la considera, sin embargo, con grandes perspectivas.

En nuestro tiempo hay una cruzada católica, la cruzada del Señor, la cruzada de la fe. Yo también quiero aportar mi piedra al edificio de gloria y de salvación que construyen humildes arquitectos y, si hace falta, quiero mezclar una gota de mi sangre a la suya...

Dios ha hecho tanto por mí que yo quiero hacer algo por su nombre, no que tenga necesidad de mí, pero no me puedo oponer a los planes de Dios... / ... El sacrificio de nosotros mismos a la voluntad de Dios, la fidelidad en obedecer a las inspiraciones de la gracia, pueden a pesar de nuestra nada, producir mucho bien... / Así, cuando desde hacía un año, mi corazón palpitaba con el nombre de mis contemporáneos, ilustres defensores de la fe, Lamennais antes de su caída, Lacordaire, Montalembert, y todos los demás, soñaba con ser hombre para ser como ellos, realmente útil, y me decía que salvarían a la patria fortaleciéndola en la fuente de la verdad, yo no pensaba entonces que quizás me fuera concedido a mí llena de miserias y debilidades asociarme a sus grandes destinos y sin embargo es así, porque mi humilde sacrificio si es completo, Dios lo bendecirá lo mismo que sus grandiosos pensamientos; quizá pueda tener yo hijas santas que puedan tener a su vez grande influencia de salvación. Todo esto puede ocurrir con tal que yo sepa morir a mí misma para que Jesucristo viva en mí. (18)

Etapas: 1837-1839

Septiembre 1839-Agosto 1938: Primera ruptura con su familia y sus costumbres anteriores; Ana Eugenia entra como seglar interna en las benedictinas del Smo. Sacramento, Calle Tournefort. “Ajena a todo excepto a Nuestro Señor”, descubre la adoración perpetua, “institución conmovedora, cuando Nuestro Señor está tan a menudo abandonado en las iglesias solitarias”.

Agosto 1838-Abril 1839: Siguiendo su intenso deseo de iniciarse en la vida religiosa, pasa un año de pre-noviciado en la Visitación de la Côte-Saint-André, de la que conservará un recuerdo lleno de gratitud. Encuentra ahí la fuerza de la comunión eucarística, con tanta frecuencia como le es posible, en aquella época. “... Mi Salvador es para mí fuente de paz, de gozo de fuerza”, y en la vida de comunidad que puede compartir, aspira a la comunión fraterna con las hermanas que Dios le dará algún día: “... poder hablar de las maravillas que entusiasman la inteligencia y de las misericordias que llegan al corazón...”.

Su programa de estudios es un programa cargado: todos los días, Sagrada Escritura. “Me gustaría que *San Pablo* fuera uno de los patronos de la obra de la Asunción que también de be extender un poco entre las mujeres los tesoros de la ciencia de Jesucristo”. *Santo Tomás*: “Mi alma toma un vuelo más libre y seguro cuando se siente firme en el terreno que pisa y va guiada por la fe llena de sabiduría del Doctor angélico”.

San Alfonso M^a de Ligorio: “Me está gustando la teología moral, me aclara muchos puntos. En realidad se trata de la gran cuestión entre la barrera del bien y del mal, cuestión que la conciencia individual puede a veces embrollarlo todo. *Obras de espiritualidad*: Santa Teresa le inspira siempre: “el espíritu de oración, la compunción, la humildad y el amor” ... “Después de mi primera comunión, me viene el pensamiento de no buscar la presencia de Dios sino dentro de mí. Es el método que Santa Teresa da a los espíritus un poco vivos. Me toca en lo profundo, y mis comuniones frecuentes me ayudan a creer que Dios habita en mí”. Además, la corrección – y quizá la redacción final – de una obra comenzada por su director consagrada a “Las Glorias de María”: “Lo que traté de meter en mis correcciones fue la exactitud perfecta del dogma con la expresión lo más clara y lo menos científica posibles.

Ya en su retiro de estudio, presiente que la impetuosidad de su director, podía ser un obstáculo para la realización de la obra y teme que sus múltiples ausencias a causa de la predicación, impidan más tarde una formación continua seria. “Un alma religiosa, le escribe, es una obra más grande que un hermoso libro y que un sermón”.

Reflexiona sobre - la obra – que ha sido providencialmente guiada: “La educación religiosa es una necesidad actual y así nos ha parecido que esta nueva familia deberá consagrarse a ella y tratar de incorporarle todos los métodos nuevos inteligentes, todos los gérmenes católicos, todo el movimiento ejecutado en ese sentido” - bajo la protección de María en su “Asunción, misterio de gloria que nos llena de gozo y nos sirve de apoyo en nuestra debilidad”. (19)

Se preocupa de la regla: “Sin improvisar unas constituciones, habrá que trazar algunas reglas, indicar un sistema de vida, de estudios, un objetivo para lograr nuestros esfuerzos, cuando quiera Ud. Reunirnos ... Estos detalles constituyen la esencia y el espíritu de una casa religiosa; y aunque todo esto se irá determinando más exactamente a la larga, es bueno saber de antemano en qué dirección vamos a caminar. Este primer germen es muy importante”.

En cuanto a ella: “Cuanto más me sujete yo misma, más podré contribuir a la libertad futura de mis hermanas, y este pensamiento me llena de alegría”.

El Abbé Combalot, se ocupa de reunir a esas nuevas hermanas y de transmitirle el entusiasmo de su intuición.

FUNDACIÓN

“Jesucristo y la extensión de su Reino”

Así fue cómo el 30 de Abril de 1839, fiesta de Santa Catalina de Siena, Ana Eugenia Milleret, a su vuelta de la Côte-Saint-André, y su primera compañera, Anastasie Bévier, se reunieron por primera vez en París, en un pisito de la calle Férou, cerca de la Iglesia de Saint-Suplice. Ana Eugenia, será de aquí en adelante, Sor María Eugenia. Se esperan a otras tres jóvenes. Una de ellas, Catherine O’neill, irlandesa, Sor Thérèse-Emmanuel, será durante cincuenta años, maestra de novicias y un fuerte apoyo para la fundadora.

En 1842, tras haber invocado a Santa Catalina de Siena, Sor María Eugenia, escribe al padre Lacordaire, “testigo de sus primeros pasos hacia el Señor”: Me gusta nombrar a esta gran santa que pertenece a su orden, porque Dios permitió que nuestra Congregación empezara justo el día de su fiesta, y al encontrar en ella un modelo tan perfecto de vida de celo unida a la vida de oración, la consideramos también una de nuestras patronas predilectas”. (20)

El celo, una palabra que aparece a menudo en la correspondencia, las notas de oración, las instrucciones de María Eugenia fundadora. El celo, es la quemadura del amor y la pasión de extenderlo. Como ocurre en toda vida, los principios son oscuros, dolorosos, difíciles. Tras una primera mudanza a la calle Vaugirard (Octubre 1839) y la alegría de la primera misa en la fiesta de la Dedicación, los días transcurren al ritmo de la oración, estudios religiosos, trabajo material, vida de comunidad.

El Abbé Combalot redacta “La introducción a las Constituciones de las Religiosas de la Asunción”, verdadero tratado donde se expresa la idea de la fundación: en el fresco de la historia de la Iglesia y de la

vida religiosa desde los tiempos apostólicos, las grandes necesidades de la época actual, la oportunidad de una nueva congregación para la educación cristiana de las jóvenes, futuras madres de familia.

- Un fin: la *regeneración* de la sociedad por medio del Evangelio.
- Un modelo: *María* en su misterio de la Asunción, mujer plenamente regenerada por la gracia.
- Unos medios: la pobreza, humildad, estudio de la ciencia sagrada y del latín de la Vulgata, el breviario romano, el culto litúrgico.

En una palabra, puesto que, “Jesucristo es el alfa y omega de toda ciencia” no saber más que la ciencia de Jesucristo”.

Ya sea que las hijas de la Asunción dejen la oración por el estudio, ya sea que dejen las ocupaciones sencillas y escondidas de la vida religiosa por la enseñanza, que no pierdan nunca de vista a Aquel cuya ciencia suprema hacía decir a San Pablo: “He estimado todo como basura, para no saber más que la ciencia de Jesucristo”.

Estas páginas, orientación de la obra emprendida, serán siempre una referencia para el futuro.

La toma de hábito, 14 de Agosto de 1840, es para M^a Eugenia, la ocasión de una oración de abandono: “Me entrego ciegamente a tu voluntad para el presente y para el futuro y para el fin de mi vocación religiosa cualquiera que sea” (21). Porque se acerca la prueba. Ya se ve venir que el Abbé Combalot, con iniciativas siempre nuevas, con una dirección en extremo original, no es la persona apropiada para llevar a término la obra emprendida.

Decisión de presentar directamente en Roma las primeras constituciones, sin preocuparse del arzobispo de París, negativa de otro superior eclesiástico que no fuera él mismo, tentativa de separar a las hermanas de su superiora: hechos todos que van a precipitar la ruptura. Esta se produce dolorosamente el 3 de Mayo de 1841, seguida, sin embargo, de una carta en la que recomienda las personas y la obra a la bendición de Mgr. Affre. Se nombra entonces un superior eclesiástico: el Abbé Gros, futuro obispo de Versalles.

El 14 de Agosto de 1841, la alegría de la primera profesión de “nuestro naciente instituto”. Pero el instituto no crece. El obispado, reticente, aconseja pronto que dejen la experiencia; después de haber rezado y consultado a las hermanas, M^a Eugenia responde al superior eclesiástico con una carta (paralela a la dirigida al P. Lacordaire y citada más arriba) en la que resume la idea de la fundación y la orientación de la nueva congregación.

En el principio: un pensamiento de celo

“Apremiada de ensayarlo todo para tratar de hacer penetrar a Jesucristo en la sociedad”.

El pensamiento que presidió la fundación de esta obra, es un pensamiento de celo y eso fue lo que determinó mi vocación. Hija de una familia desgraciadamente no creyente, educada en una sociedad que creía menos todavía, huérfana de madre a los quince años, y teniendo por el azar de las circunstancias y mi propia posición muchas más relaciones y de conocimiento del mundo de lo que era normal a mi edad, pude comprender y sentir la desgracia, cristianamente hablando, de la clase social a la que pertenecía y le confieso, Padre, que hoy todavía pienso que no hay nada más triste que ese recuerdo y me parece que todo aquel que ame todavía a la Iglesia y que conozca la irreligión profunda de las $\frac{3}{4}$ partes de las familias ricas e influyentes de París, debe sentir la urgencia de probarlo todo para tratar de hacer penetrar Jesucristo en ellas.

En lo que podríamos llamar la aristocracia liberal... “Miles de prejuicios se oponen todavía a la educación en los conventos”.

En la época en la que el Abbé Combalot, me habló por primera vez de su obra, me pareció que estaba destinada a hacer el bien que yo tan vivamente deseaba... Me sentía bajo el peso de inmensas gracias sin las que no hubiera siquiera conocido a Dios, el don de la fe que yo había sido entre los míos la única en recibir; podrá haber un designio de Dios en la experiencia que me había sido dado adquirir, en la misericordia que me

había preservado, en mi posición cuya libertad y mis relaciones me permitían ser más útil, en los mismos talentos recibidos por mi educación, y que debía consagrar a Dios tanto más cuanto que hasta ahora sólo habían llenado mi vanidad. Por otra parte, en medio de mis repugnancias, sentía muy vivo el atractivo del celo y sabía que, una vez decidida, nada me haría vacilar para tratar de imitar a Jesucristo en su misión de Salvador de esas pobres almas que la ignorancia aleja de Él mucho más que la mala voluntad.

Tales fueron, Padre, los pensamientos que me llevaron a entregarme a Dios; y estos pensamientos se siguen hallando más o menos en el corazón de las hermanas, al menos son para todas el mayor motivo de impulso.

En cuanto a la nueva congregación, arraigada en la tradición de la Iglesia, su estilo de vida, a la vez monástico y apostólico, debe estar al servicio de su fin, el celo; no hay clausura, sino una relación con el mundo de acuerdo a la misión”;

- El Oficio divino, “atractivo de oración” para las hermanas, lazo estrecho con la vida espiritual de la Iglesia, - para las niñas, medio de formarlas a la oración pública de la parroquia;

- La pobreza práctica, las relaciones comunitarias; reglas para los estudios, “como medio de dar a conocer a Jesucristo”.

Para Sor M^a Eugenia, en este momento de crisis, la fe en la realización de esta obra:

Si se piensa que somos indignas y que nosotras no vamos a llegar a hacer la obra de celo por la que hemos querido trabajar, perdóneme, Padre, que me tome la libertad de decirle, que es tan necesario que más tarde o más temprano se realizará por manos más santas, y que yo no creo tener otra vocación que de pertenecer a ella, sean los que sean los sufrimientos o las dificultades que pueda tener. (22).

La respuesta a esta carta, es un voto de confianza y el permiso de seguir adelante, pronto habrá algunas alumnas.

Nuestro pensamiento sobre la obra

“Una filosofía y una pasión”.

En la misma época de su estancia en la Visitación, Ana Eugenia se ha puesto en contacto, gracias al Abbé Combalot, con uno de sus amigos, el Abbé d’Alzon, vicario general de Nimes. Los meses siguientes en medio de las dificultades, obtiene de su director, más bien receloso en ese terreno, permiso de dirigirse al sacerdote que él mismo le había presentado. Tras la separación de 1841, el Abbé d’Alzon, se convierte en consejero y apoyo de la fundadora, antes de que él mismo fundara, en 1845, los religiosos de la Asunción. Serán cuarenta años de amistad espiritual y ayuda mutua. Una voluminosa correspondencia que abarca: vida personal, vida de congregación, sentimientos y reflexiones, esperanzas y decepciones o amarguras, perspectivas y realizaciones. Desde el principio, un largo análisis completa los textos precedentes.

Fe y vida: espíritu social cristiano.

Nuestro pensamiento sobre esta obra y sus principales reglas es muy sencillo. Habíamos experimentado que la instrucción de las mujeres es muy superficial, sin utilidad para sus hijos y sin conexión con su fe contra la que se vuelven casi siempre sus estudios si los prolongan. Sabíamos, además de lo experimentado, que tienen sobre todo ideas totalmente falsas de su dignidad y de sus deberes... y que conceden a su posición, a la fortuna de su marido, un precio que llega hasta la bajeza; además, aunque piadosas, muy ignorantes de la naturaleza de la religión, de sus verdades, de su historia, del espíritu social cristiano. Pocas jóvenes han sido instruidas sobre la gravedad de la vida, la importancia de los primeros pasos desde el comienzo, no están fortalecidas contra los reveses y dolores ni acostumbradas a preocuparse de las miserias que no ven... a no doblegarse nunca cuando se trata de su deber.

Exigencias para las hermanas: estudios y oración al servicio de la misión.

Para que las hermanas sean capaces de combatir esos defectos, necesitan ante todo una instrucción seria... Para que los demás estudios sean realmente útiles, para poder elevar su dignidad moral, es necesario que el cristianismo los llene...

Para que nuestros estudios sean cristianos, hay que estudiar seriamente el cristianismo, y las obras que favorecen ese estudio son las escritas en los tiempos más cristianos y en la época en que los Padres rodearon

el Evangelio de las luces más elevadas. Hay que identificarse con la vida espiritual de la Iglesia, comprender el oficio, recitarlo cada día, entrar por la lengua católica en posesión de lo que podamos alcanzar del desarrollo pacífico de la fe en las cosas de la inteligencia.

No nos interesa la controversia, sino la fe actuante, la fe que domine el juicio, el gusto, los afectos...

Santo Tomás, lo resumía muy claro, el menos controvertido que yo conozco, nos sirve para conocer con precisión el dogma. Estudiar la fe, y sacar de lo que ella enseña todo lo que tenemos que enseñar; esto exige más sencillez que potencia, y los estudios ganaran de seriedad y de piedad. (23).

En una palabra, un estilo de vida pobre, una austeridad interior real para llegar a “una total dependencia de Jesucristo que debe ser la cadena secreta de nuestra libertad”.

En otro lugar, en el momento de la fundación de los religiosos de la Asunción, se plantea de nuevo la cuestión de los estudios y de su orientación.

El desarrollo, no es la cantidad de cosas aprendidas, es por decirlo así, el crecimiento de la inteligencia y del carácter respecto a la posesión de la verdad que una ciencia estudiada abarca más aspectos.

Ahora bien, ¿Qué es lo que hace crecer la inteligencia y el carácter en el estudio?, ¿Qué es lo que coordina todo lo aprendido, lo que constituye el fin, el lazo, la razón?, en un sentido, es una filosofía, en otro, una pasión. ¿Pero qué pasión dar a los religiosos? La de la fe, la del amor, la de la realización de la ley de Cristo. Diversas en su unidad, han caracterizado a las grandes órdenes... (24)

Para M^a Eugenia, todavía en el umbral de la vida religiosa, lo mismo que a lo largo de los duros años de responsabilidad, se trata ante todo de "templar los caracteres con la fuerza del Evangelio, de enfervorizar las almas por la verdad de Dios y de su Reino”.

En Navidad de 1844, profesión perpetua de las primeras hermanas. Un cuarto voto concreta su elección definitiva: “Trabajar durante toda la vida para extender el Reino de Jesucristo en las almas”.

Dar a conocer a Jesucristo liberador y Rey del mundo:

Se trata de un pensamiento que ha madurado con el tiempo y la oración, un pensamiento encarnado en la sociedad que ella conoce, en la Iglesia que ella ha descubierto, y de la que ve su riqueza y sus límites, un pensamiento expresado como un *credo*, en una fecha incierta, pero seguramente antes de la profesión perpetua. Pensamiento de juventud, con el recuerdo de la gracia de Notre Dame, es una mirada hacia el presente y hacia el porvenir, certidumbre y esperanza. Hay que seguirla en el momento de brotar y en su fuerza.

A mí me cuesta oír llamar a la tierra lugar de destierro; yo la considero como un lugar de gloria a Dios, puesto que puede recibir de nuestra voluntad libre y probada el único homenaje que no encuentra en sí mismo. Creo que estamos aquí abajo precisamente para trabajar en la llegada del Reino de nuestro Padre celestial sobre nosotros y sobre los demás.

Creo que Jesucristo, nos ha liberado del pasado por su sacrificio, para dejarnos libres para trabajar en la realización de la palabra divina que Él vino a traernos. Creo que cada uno de nosotros, tiene una misión en la tierra, y que, desde el principio, hay que hacer comprender a las almas que siendo el fondo del cristianismo el sacrificio de Aquel que *propósito gaudio sustinuit crucem, confusione contempta*, ... el fin de esta religión, no es de esforzarse solamente en buscar por todos los medios nuestra bienaventuranza eterna, sino esforzarnos también en buscar en que puede Dios servirse de nosotros para la difusión y realización de su Evangelio. Hay que hacerlo con valor, con los medios de la fe – los pobres y débiles medios que Jesús utilizó -, no inquietándose más que de hacer lo que puede habernos destinado, y dejándole a Él el éxito en el tiempo y en la eternidad.

¿Concebís toda la belleza de una sociedad totalmente cristiana? Dios, Señor de los espíritus bajo la sombra de la fe, de las voluntades en las angustias de la prueba, reinando en todas partes, aunque invisible, adorado cuando hiere, y todas las virtudes, que son la vida de Dios, preferidas antes que todas las necesidades de que se compone la vida natural del hombre. Le hablo con sencillez y acaso sea algo atrevida; pero no puedo desechar ese pensamiento, y el Reino de Cristo, es más hermoso para mí, más amado que las tiendas de Israel de que habla el profeta, incluso que la Jerusalén celestial, donde no se puede ser de Dios sin recibir su recompensa.

Los hay que dicen: “Bella utopía”. Le aseguro que esa frase me escandaliza, porque Nuestro Maestro dijo: “No habrá más que un solo rebaño y un solo pastor, el Hijo del hombre atraerá todo a Él”. Y además, ¿Quién se atrevería a dudar que el Reino de Jesucristo es el objetivo del mundo y que es bueno dedicarse a ello?.

Dar a conocer a Jesucristo, liberador y Rey del mundo, enseñar que todo le pertenece, que, presente en nuestras almas por la vida de la gracia, quiere trabajar en cada uno de nosotros en la gran obra del Reino de Dios, que cada uno entra en su plan, ya sea para orar, o para sufrir, o para actuar y que negarse, bajo cualquier pretexto, es abandonar el bien mayor y emprender el camino del egoísmo, le confieso que para mí, ahí está el principio y el fin de la enseñanza cristiana.

Estas vastas perspectivas abren el camino a la oración y la búsqueda de una unidad interior encuentra ahí su realización.

Con tal de que aprueben la dirección de las flechas y que encuentren que disparo al objetivo, no me siento lo más mínimo obligada a decir dónde he fijado mi mirada para obtener el éxito; pero está en Jesucristo y en la extensión de su Reino. (25)

La regeneración de la humanidad mediante la palabra de Jesucristo

En la realidad sin embargo, la cosa no es fácil. Convertida, apasionada por la verdad de Jesucristo, deseosa de darlo a conocer como fuente de vida, Ana Eugenia experimenta pronto una amarga decepción a medida de su esperanza, al constatar cómo muchos católicos de su tiempo responden a las exigencias del Evangelio. Cuando “no tiene otra madre que la Santa Iglesia” cuando “sueña encontrar en sus miembros apóstoles, ella no encuentra más que hombres” – “cuyo corazón no vibra por nada que sea abierto”. Le parece que no puede expresar el fondo de su pensamiento sobre los temas que más le llegan al corazón, y que “los hombres del mundo” le resultan a veces mejores interlocutores que “los hombres de Iglesia”.

Al Padre d’Alzon:

¿Se acuerda Ud. que le dije en otra ocasión que la mayoría de los católicos no parecía que lo eran como yo y que mi fe se tambalearía si tuviera que renunciar a ciertas maneras de comprender...?

Es una cosa rara, nadie se ofende por una tontería, y muchos se asustan de lo que revela la voluntad de ser fuertes y de actuar de manera tajante y positiva incluso en nuestra pequeña esfera. (26)

Se acuerda de su pasado.

Tres inteligencias han tenido en mí una influencia generadora que experimento todavía, - mi madre, después dos hombres – Aparte de otras cualidades que podían atraerles el afecto, lo que admiraba en ellos con pasión era la misión social que veía en ellos... Esas dos inteligencias me parece que han sido eminentes, lo mismo que la de mi madre; los dos eran demócratas ardientes, no tanto en los detalles diarios de la política, que no me interesaba demasiado, cuanto por el porvenir, el destino, la nobleza moral de nuestro país. Cuando más tarde encontré a Dios, sus ideas me dieron fuerza, y le aseguro que no podía representarme a Nuestro Señor de una manera que me atrajera más a Él, que cuando lo veía trazando al mundo una ley cuyos efectos eran tales como no he sabido expresarle. (27)

¿Los efectos?

Cierto orden de desarrollo y rehabilitación moral tan necesarios en este mundo. Tengo la intuición clara de una correlación exacta entre esa necesidad y la acción del cristianismo tal como yo lo concibo. (28)

Precisando más:

Yo creía que la realización de la voluntad de Dios por la ley del Evangelio, era un estado social en dónde ningún hombre tendría que sufrir más fatalidad que la de la naturaleza, es decir, donde el principio cristiano tendría que apartar de cada uno la opresión de los otros. (29)

La regeneración terrestre de la humanidad. En marzo 1844, M^a Eugenia lee: *Voces de la cárcel* de Lamennais.

Más de una cosa ha hecho palpar mi corazón al abrir este librito. No es posible, en el fondo que la regeneración terrestre de la humanidad, de su ley social, no pueda salir de la palabra de Jesucristo. Las nociones admitidas y el espíritu de los católicos de hoy día, pueden oscurecer esta certeza a mis ojos, incluso puede que yo misma no la capte, pero esta pobreza, esta noche de mi inteligencia no pueden impedir que la cosa sea y mi fe la salude en medio de las tinieblas...

Pero como los obreros de las antiguas catedrales, muchos trabajan sin saber lo que hacen, en la construcción de la ciudad futura. Hay incluso los que trabajan sin quererlo, como los Romanos que hacían las rutas para los predicadores del Evangelio. Por mi parte no dejo de repetir esta oración que tanto me gusta: “Venga tu Reino”. (30)

EN SU TIEMPO

“Generaciones presentes, realizaciones futuras”

Reafirmada por esa oración y por su fe, va viviendo al día. Apasionada por la Iglesia y por su época, su espíritu amplio se va abriendo a la vida. Miles de cartas revelan no solo su fisonomía espiritual y su intensa actividad, sino también su pensamiento sobre los acontecimientos e ideas de su época.

La política no la deja indiferente.

Numerosos ecos del año 1848: “La causa de Dios y la de los hombres”: he aquí el motivo de su interés.

- Ve a la congregación “fundada para la sociedad del futuro cuya llegada apresura el acontecimiento. Todos nuestros esfuerzos, nuestra enseñanza, son perfectamente conformes con el objetivo nacional tal como se proclama”. (31)
- Siempre la misma perspectiva: “Habrá en la Cámara no pocos seguidores de Buchez, pero qué pena si no hay católicos puros, sin antecedentes negativos y sin prejuicios, capaces de seguir de modo perfectamente ortodoxo, no solamente unas formas políticas, unos nombres propios, unas amistades, ni siquiera la república, sino el ideal de una sociedad cristiana”. Poco a poco, la inquietud y la decepción empiezan a apuntar. “Los republicanos habrán matado a la República”. (32)-(33)
- Después de la muerte de Mons. Affre, es la tristeza teñida de esperanza: “Quizá Dios escuchará la voz de su sangre”. (34)
- El Segundo Imperio no atrae nada sus simpatías.
- La guerra de 1870, la Comuna se viven dolorosamente. Más tarde en los lugares saqueados, marcados por el sufrimiento y la muerte, hay que seguir adelante, a pesar de lo incierto del porvenir.
- Las leyes de la III República y la expulsión de algunas congregaciones: otra etapa que por un lado se orienta a la acción y por otro a entregarse a Dios. Más allá de todo régimen político, Jesucristo único “liberador y Rey del mundo”, puede realizar “la transformación de los corazones y la regeneración de la sociedad”.

La Iglesia constituye el fondo de sus preocupaciones. “Por medio de la Iglesia, llega el Reino de Jesucristo a la tierra”.

Iglesia de Francia y de todas partes, Roma y el papado, las misiones... Desde los primeros días, es una alianza de oración con los misioneros que parten a Madagascar y a China; más tarde, es el interés hacia el movimiento de la Iglesia de Inglaterra y también lazos de unión con los padres polacos de la Resurrección, Pedro Semenenko y Jerónimo Kakziewicz y la estancia en la comunidad de la Madre Macrine Mieczylska, abadesa basiliana de Minsk, cuyas hermanas habían

perecido todas en una cruel persecución y que se dirige a Roma para implorar al Papa. Encuentro del Gran Nicolás con Gregorio XVI, pontificado de Pío IX, Concilio de 1870, elección de León XIII, y los años siguientes.

En la alegría y en la pena, recibe luz y fuerza en sus encuentros con la Iglesia de Roma.

Mujer de su tiempo, está en contacto con numerosas personalidades. Anales, recuerdos, correspondencia, nos permiten acercarnos: sacerdotes y seculares, en otro tiempo fanáticos de la Chesnaie, que han conservado lo mejor de la inspiración menesiana, - obispos a los que une el pensamiento ultramontano, - religiosos de antiguas congregaciones, nuevas o renovadas, predicadores de Notre Dame, siguiendo a Lacordaire, - hombres y mujeres de ideas diversas, testigos de la vida religiosa, política, social, literaria o científica de una época.

Al hilo de los días, Mons. Gerbet y de Salines, el cardenal Gousset, Mons. Pie y Mons. Gay; Montalembert, Bailly y Ozanam, Dom Guéranger y Solesmes, Eugène y León Boré, amigos de los primeros tiempos. Chateaubriand, que asiste a la segunda ceremonia de toma de hábito. Poujoulat, que dedica a la fundadora su traducción de las *Cartas de San Agustín*, Buchez, un amigo de la juventud: su *Introducción a la Ciencia de la Historia*, la de *las Ciencias Naturales*, han influido en su pensamiento, le interesa el periódico *El Europeo*, *Maret* y *La Nueva Era*, Veuillot y *El Universo*. Mons. Dupanloup le confía la corrección de un capítulo de su *Tratado sobre la educación de las jóvenes*.

Recordando a su madre, evoca a Mme de Staël; antes de la fundación, escribe al Abbé Combalot a propósito de George Sand: Esta alma me atrae, hay que llegar a ella por el corazón y con mucha humildad; ... tiene un espíritu demasiado fino para ser dominada de otro modo”. Mas tarde, Mme de Chateaubriand, Mme Récamier, casi ciega, durante su estancia en la Abbaye-aux-Bois, “cuya felicidad se concentra en un círculo cada vez más reducido de afectos profundos” y “cuyo corazón no puede dejar de murmurar ante un luto doloroso”, La joven Mercedes de Orleans, alumna de Auteuil, y luego, esposa de Alfonso XII, desde entonces la Asunción presente ya en España, ve nuevas fundaciones en ese país; Sylvia Pecci, nieta de León XIII, cuando está fuera de Roma, el mismo Papa firma “para el convento” las notas escolares de su sobrina; familias polacas emigrantes después de 1830, encuentran en ella apoyo, apertura de espíritu y de corazón.

En sus notas de oración: “Lamennais, Buchez, Victor Hugo, me han hecho bien... Rezo por todas las almas que Ud. Cree que puedo serles útil”. En todo, sueña con ver a Jesús “Dueño de los corazones y de las inteligencias”.

El mundo no es lo suficientemente grande para mi amor”

De este pensamiento nacen las diferentes fundaciones: En 1849, después de la imposibilidad de responder a una petición de ir a China, se produce la marcha hacia Africa del Sur; el año siguiente, Inglaterra (orfanato, acción educadora con mujeres de una fábrica), después, dos casas en Francia: un colegio de secundaria y una casa de adoración y retiro, convertida pronto en colegio. Desde el principio, el espíritu se pone como base: el doble acento de una vocación contemplativa-apostólica vivido en la unidad.

Desde los orígenes se reza el Oficio Divino: “He tratado de decir el Oficio como si fuera el eco de la voz de Jesucristo”; la adoración del Santísimo Sacramento, va tomando poco a poco su lugar en la congregación. Recuerdo de la gracia de la primera Comunión a los doce años. Gracia sembrada en el corazón de Ana Eugenia que germina en su vida y en la de las hermanas.

- Un atractivo: - “Unirme a Nuestro Señor en mi alabanza y adoración al Padre”.
- Una certidumbre: “Cada vez me convenzo más de que todo se hace al pie del Santísimo Sacramento”. El espíritu de Adoración “remedio contra las tentaciones de duda”... “cumbre del amor”.

A lo largo de los años, la Asunción prosigue su misión: en Francia, Inglaterra (nuevas fundaciones), España (1965), Nueva Caledonia (1873), Italia (1888), Nicaragua y Filipinas (1892), el Salvador (1895). A la muerte de la Madre M^a Eugenia, 1100 religiosas y 31 fundaciones.

“Nuestro fin, como yo lo comprendo”

Las constituciones: un largo camino desde “La introducción” del Abbé Combalot, pasando por el texto de referencia cuando la profesión perpetua, hasta la aprobación definitiva en 1888.

En 1843, M^a Eugenia escribe al P. d’Alzon: "No estamos lo suficientemente establecidas para atreverme a expresar nuestro fin, tal como yo lo veo, de una vida iluminada por los estudios religiosos y como principio de una vida de fe, de celo, de libertad de espíritu. Para mí, el verdadero fin, el verdadero sello de una obra es consagración interior a tal o cual misterio divino hacia el cual ella (la consagración) sea como un homenaje subsistente. Creo que estamos llamadas a honrar el misterio de la Encarnación y la sagrada persona de Jesucristo así como la adhesión de la Sma. Virgen a Jesucristo: esto es lo que domina nuestros puntos de vista sobre la educación; y María tiene que ser nuestra Madre como el alma que más vivió la vida de Jesucristo". (35)

A lo largo de los años, precisa: “Para la Asunción y su vocación especial que consiste en hacer brotar la acción de la oración, insiste en la Adoración y el oficio como formas necesarias del Instituto, incluso para las obras activas”. (36)

Un modelo: “María en quien todo fue adoración”. “Cuando, al dejar la tierra, recibió lo que colmaba su gracia, es decir la gloria, subió al cielo para permanecer eternamente en adoración y amor”. (37)

”Dios quiere que todo caída alrededor de mí”

“Entreveo algo despojado, sencillo, un estado en el que no quede más que el amor. Imaginaría, sin la mayor repugnancia, la especie de muerte que se halla en un estado de enfermedad, de impotencia continua. Si por la humillación, yo llegara a ser menos buscada por las criaturas, me dejarían pertenecer más a Jesús. No ser nada, sería una buena cosa para mí”. Intuición de su madurez, deseo de su corazón... (38)

Los años pasan: pruebas, lutos, soledad, paso de la edad. Elegida superiora general de por vida, tiene que pensar ahora en presentar su dimisión: “Sólo me queda ahora, ser buena”. Su salud se altera, la parálisis la invade, pierde facilidad de palabra. Pronto, sólo le quedará la mirada, testimonio de su inteligencia prisionera. Toda su vida se concentra en Cristo y en el misterio de Pasión: “Contemplo a mi Señor”.

La joven inquieta, apasionada, ávida de certezas intelectuales, sola y en busca del verdadero amor, “deseosa de hacer algo por Dios”, en espera de luz y de fuerza, se ha convertido en la religiosa apacible y despojada al fin de su vida.

Las exigencias de su búsqueda intelectual, cogidas por la gracia, le han llevado a la verdad y esta verdad ha sido iluminada por el amor. Ha sido seducida por Jesucristo, Verbo encarnado; por Él, ha adorado al Padre de toda santidad; con Él ha trabajado “en la gran obra de la llegada de su reino en ella y en los demás, el celo ha ardido en su corazón, “como el amor que no dice jamás: basta”. Y ese amor le ha ido despojando progresivamente hasta el último encuentro con Él, en la mañana del 10 de Marzo de 1898.

Dios le ha concedido la santidad que deseaba con pasión,

En Roma, el 9 de Febrero del año Santo 1975

Pablo VI la proclamó bienaventurada.

Y su mensaje permanece vivo en la Iglesia.

ANEXO I

(1)	Volumen VI	nº	1501	Diciembre 1841 - al P. Lacordaire
(2)	Volumen II	nº	151	1835-36
(3)	Volumen II	nº	154	1837
(4)	Volumen VI	nº	1501	Diciembre 1841 - al P. Lacordaire
(5)	Volumen II	nº	178	Septiembre 1841
(6)	Abbé Matte			1767-1845
(7)	Volumen II	nº	178	Septiembre 1841
(8)	Volumen VI	nº	1501	Al P. Lacordaire
(9)	Volumen II	nº	151	1835-36
(10)	Volumen VI	nº	1501	(Ref. más arriba)
(11)	Volumen II	nº	152	1837
(12)	Volumen II	nº	161	1838
(13)	Volumen VI	nº	1501	(Ref. más arriba)
(14)	Volumen VI	nº	1509	
(15)	Volumen VI	nº	1506	
(16)	Recuerdos (MO1 I)			
(17)	Volumen II	nº	152	1837
(18)	Volumen II	nº	154	1837
(19)	Volumen II	nº	161	1838
(20)	Volumen VI	nº	1502	al P. Lacordaire
(21)	Volumen II	nº	157	1840
(22)	Volumen VI	nº	1504	1841 – al Abbé Gros
(23)	Volumen VII	nº	1556	19 Julio 1842 – al P. d’Alzon
(24)	Volumen VIII	nº	1627	5 Agosto 1844 – al P. d’Alzon
(25)	Orígenes I			último capítulo – al P. Lacordaire
(26)	Volumen VII	nº	1556	1842 - al P. d’Alzon
(27)	Volumen VIII	nº	1610	Febrero-Marzo 1844 – al P. d’Alzon
(28)	Volumen VIII	nº	1648	sin fecha
(29)	Volumen VIII	nº	1610	febrero-marzo 1844 – al P. d’Alzon
(30)	Volumen VIII	nº	1611	15 Marzo 1844 - al P. d’Alzon
(31)	Volumen IX	nº	1923	25 Marzo 1848 - al P. d’Alzon
(32)	Volumen IX	nº	1924	30 Marzo 1848 - al P. d’Alzon
(33)	Volumen IX	nº	1944	5 y 9 Junio 1848 - al P. d’Alzon
(34)	Volumen IX	nº	1951	fin Junio 1848
(35)	Volumen VII	nº	1590	27 Agosto 1843
(36)	Ref. respuesta a las “animadversiones”			- 1866-67
(37)	Capitulo, 24 Febrero			1878
(38)	Volumen XII	nº	2427	Septiembre 1854 - al P. d’Alzon

ANEXO II

- 1.- Lamennais:
Ref. “Ensayo sobre la indiferencia en materia de religión” – 1817

- 2.- Lacordaire:
Ref. “Conferencias de Notre Dame de París” – 1835
Primera conferencia:
“De la necesidad de una Iglesia enseñante y de su carácter distintivo”.

- 3.- Lacordaire:
Ref. Conferencias de Notre Dame de París – 1836
Última conferencia: “Medios para adquirir la Fe”

- 4.- M.M.E. al P. Lacordaire:
Ref. Vol. VI - nº 1501 - Diciembre 1841

- 5.- Sobre la primera Comunión.
Ref. P.A. nº 32 - Pascua 1981

“M.M.E. y la Eucaristía”
 “Algunas constantes de la espiritualidad de M.M.E. de Jesús”,
 Por Sr. Jeanne-Marie - 1976
 (Introducción, p. 5-6-7).
 “Una mirada fija en Jesucristo”, Por el P. Lafrance,
 1976 = estudio sobre la gracia de la Navidad de 1829.

- 6.- Notas de M. M^a Eugenia, Vol. II - nº 154, 1837

- 7.- De l’abbé Combalot,
Ref. “Introducción a las constituciones de las R.A.” - 1839-40
Conclusión.

- 8.- Las cartas citadas de M.M.E. al P. d’Alzon,
se encuentran en los Volúmenes VII (1841-43) y VIII (1844-45),
Que deben tener las comunidades.

9. - De la M.M.E., Un texto de retiro:
“Bondad y Sabiduría de Dios” - Vol. II - nº 225, 1863

- 10.- De la M.M.E., en 1878 - Vol. II - nº 232.

* * *

1.- Lamennais:

Ref. “**Ensayo sobre la indiferencia en materia de religión**”.

... /¿Debemos extrañarnos de que la religión humillada, habiéndola quitado el honor, retroceda ante la indiferencia? Después de 18 siglos de combates y de triunfos, el Cristianismo corre, por fin, la misma suerte que su fundador. Citado, por decirlo de algún modo, para comparecer, no ante un procónsul, sino ante el género humano, se le interroga: ¿Eres rey? ¿Es verdad, aquello de lo que se te acusa, que pretendes reinar sobre nosotros? Tu mismo lo has dicho, respondió. Si, yo soy rey: reino sobre las inteligencias iluminándolas, sobre los corazones ordenando sus movimientos y sus deseos; reino sobre la sociedad a través de mis beneficios. El mundo estaba enterrado en las tinieblas del error: Yo vine a traerle la verdad; ese es mi título: quien ama la verdad me escucha. Pero esta palabra ya no tiene sentido para una mente pervertida; necesita que se le explique: Qué es la verdad, pide un juez distraído y estúpido. Y sin esperar la respuesta, sale, afirma que el no encuentra en Él nada para condenarle, y le entrega con indiferencia a la multitud, para que sea su juguete y pronto su víctima.

Este drama, profundo en su sencillez con todo lo referente al Evangelio, describe mejor que largos discursos este deterioro moral, esta especie de muerte intelectual en la que cae los hombres y los pueblos, cuando dejan de estar impregnados por las ilusiones del error y se niegan obstinadamente a ceder ante la verdad.

¡Incomprensible ceguera de los hombres de nuestro tiempo! ¿Cuánto más son interpelados más se endurecen; cuánto más esfuerzo hace la verdad para atraerles a ella, más indiferentes se vuelven. ¡Qué mueran por lo tanto puesto que quieren morir!

Pero quitémosles por lo menos toda excusa; pongamos al descubierto su incoherencia y su sinrazón; obliguémosles a enrojecer ante el ídolo al que sacrifican todo, verdad, virtud, e incluso la vida.

Habremos alcanzado esta meta, si demostramos que la indiferencia en materia de religión, que se afirma como el último esfuerzo de la razón y el bien más precioso de la filosofía, es tan absurdo en sus principios como nefasta en sus efectos. Sin embargo esperamos rodear de tanta evidencia estas dos proposiciones, que aquellos que conservaran el triste valor de denegarlas no intentarán combatir las con el arma de la razón.

Ante todo, nada es tan absurdo como la indiferencia, porque no puede apoyarse razonablemente más que en uno de estos principios: Que no tenemos ningún interés en asegurarnos de la verdad de la religión o que es imposible descubrir la verdad que nos urge conocer. Sin embargo estos dos principios son igualmente falsos, igualmente absurdo: lo probaremos y mostraremos además que existe para todos los hombres en general, y cada uno en particular, un medio seguro, ágil, infalible, para convencerse de la necesidad de la religión y de discernir lo verdadero.

Nada en segundo lugar, es más nefasto que la indiferencia, porque conduce directamente a todas las calamidades, como a todos los crímenes, porque pone nervioso y destruye insensiblemente todas las facultades morales, porque es incompatible con el orden y la existencia misma de la sociedad.

Y con el fin de quitar a la pereza y a la ignorancia hasta el más mínimo pretexto de tranquilizarse en este estado lamentable, alejaremos cuidadosamente toda discusión que suponga conocimiento extraño en el común de los hombres, de suerte que el sentido común más ordinario bastará para leer este libro con fruto.

Quizá algunas almas débiles, algunos espíritus ligeros, pero no enteramente pervertidos, después de haber sido entrenados por lo que se llama el movimiento del siglo, penetrados de un justo terror ante la visión del abismo hacia el que corrieron se decidirán a examinar seriamente lo que hasta ahora han despreciado sin conocerlo. Éso es todo lo que esperamos de ellos. No les decimos: creed, sino: examínad.

Aunque nuestro tema no exige que les mostremos la verdad del cristianismo, ofreceremos sin embargo bastantes pruebas para convencer a los incrédulos sin maldad. Quizá encuentre en ello una enseñanza más útil que la que pudieron sacar de una demostración directa de sus errores; pero siempre encontrarán los motivos suficientes que justifiquen e incluso condenen el examen que les obligamos a hacer. Ojalá se decida por la gloria de la verdad y por su propia felicidad.

Aunque se intente persuadir, estas dos cosas son inseparables: no hay felicidad más que en el seno de la verdad porque no hay descanso más que ahí. El error embriaga, la indiferencia adormece; pero ni la una ni la otra llenan el vacío del corazón. Lo repetimos, nuestro único deseo es que se examine con buenas intenciones: no nos hemos

propuesto conseguir otra cosa que no sea eso; y si lo conseguimos de una sola persona, nuestro trabajo será bien pagado.

2.- Lacordaire: Conferencias de Notre Dame de París – 1835

Primera conferencia:

“Necesidad de una Iglesia que enseñe y de su carácter distintivo”

“El cristianismo es tan antiguo como el Mundo; pues consiste esencialmente en la noción de un Dios creador, legislador y salvador, y en una vida conforme a esta noción. Sin embargo Dios se manifiesta al género humano, desde el origen, bajo esta triple relación de creador, de legislador y salvador y desde el origen, desde Adán hasta Noé, de Noé a Abraham, de Abraham a Moisés, de Moisés a Jesucristo, hubo siempre hombres que vivieron conforme a esta noción de Dios. Tres veces antes de Jesucristo, Dios se manifiesta a los hombres con este triple carácter, por Adán, primer Padre del género humano, por Noé, segundo Padre del género humano y por Moisés instructor de un pueblo mezclado por su acción y presencia a todos los destinos de la humanidad.

Sin embargo hay un hecho no menos importante, es que el cristianismo, ha dominado el mundo hasta sólo desde hace 18 siglos a través de Jesús. Es Jesucristo quien el primero parece haber dado la luz al mundo; antes de él como lo dice S. Juan: la luz brillaba en las tinieblas, (Jn. 1,5), pero de ¿Dónde viene esto? ¿De dónde viene que el cristianismo vencido en el mundo antes de Jesucristo ha sido victorioso después de Jesucristo? ¿De dónde viene que el cristianismo antes de Jesús no impidió a las naciones seguir sus caminos). (Hch. 14, 15), y que Jesucristo al contrario pudo decir esta palabra de eterna victoria: (Jn. 16,33. “En el mundo tendréis luchas; pero tener valor, yo he vencido al mundo”).

¿Qué ha hecho de nuevo Jesucristo?, ¿El sacrificio del Calvario?, sin embargo el Cordero que quita los pecados de los hombres fue sacrificado desde el origen del mundo (Ap. 13, 8); S. Juan lo atestigua en su libro de "Visiones". Es el Evangelio, pero el Evangelio después de todo no es más que la Palabra de Dios, y esta Palabra en distintas ocasiones no había cambiado el mundo. ¿Son los sacramentos?, pero los sacramentos no son más que los canales de la gracia, y la gracia de Dios, aunque menos abundante sin duda antes de Jesucristo, sin embargo no ha dejado de verterse siempre sobre los hombres. ¿Qué ha hecho de nuevo Jesucristo? ¿A través de qué aseguró la perpetuidad de la victoria realizada en el Calvario? Escuchadle a Él mismo, os lo va a decir: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella" (Mt. 16,18). Ésa es la obra que vencería para siempre al infierno y al mundo, que cada día tenía que renovar el sacrificio del Salvador, conservar y difundir su palabra, distribuir su gracia. Venimos de hablar de esta obra, de esta Iglesia que es la columna y el firmamento de la verdad (1 Tm 3,15). Y desde hoy entraremos en las entrañas de este amplio tema de meditación intentando mostraros la necesidad de una Iglesia destinada a la enseñanza universal y perpetua del género humano.

LLlamado a elevar la voz en medio de vosotros no por voluntad propia, sino por voluntad del venerable pontífice (Mons. de Quélen) que representa a Dios para mí, no esperen señores que les hable con arte. Si habéis venido a buscar aquí esos vanos juegos de palabras, os habéis equivocado. Que se acabe la elocuencia del tiempo, sólo pido al cielo la elocuencia de la eternidad. Le pido únicamente la verdad y la caridad de Jesucristo, y si el éxito de la gracia acompaña estos discursos, eso será la prueba de que hoy como en otro tiempo Dios se sirve de lo pequeño para confundir lo fuerte. Señor, hace 11 años, prosternado en el suelo de esta basílica, me despojaba de los ornamentos del mundo para vestir el hábito de tus sacerdotes; venía a buscar los bienes que habías prometido a los que te sirven, mientras esperabas ser yo mismo enviado a los demás. Me has dado estos bienes, haz ahora que yo se los comunique a mis hermanos. Ven en ayuda de tu siervo; pon una guardia en mis labios, para que sean fieles a mi corazón, como mi corazón es fiel a tu ley.

Quiero comenzar por un hecho indiscutible, que el hombre es un ser enseñado.

¿Por qué he tomado la palabra en este lugar?, si miro a mí alrededor descubro caras de todas las edades, cabellos que se han blanqueado en largas vigiliadas de búsqueda científicas, rostros marcados por el cansancio de los

combates, otros animados por las dulces emociones de los estudios literarios, jóvenes por fin que acaban de coger la tercera flor de la vida. Asamblea dime: ¿Qué me pides? ¿Qué pides de mí? ¿La verdad? ¿No la tienes por lo tanto en ti? La buscas, quieres recibirla, has venido aquí para dejarte enseñar...”.

3.- Lacordaire: Conferencias de Notre Dame de París

Última conferencia: – 1836:

“Los Medios para adquirir la Fe”

Conclusión.

.../ “Señores, es la primera, la que restaura la relación con Dios, nos comunica su acción, le hace violencia sin perturbar su libertad y es por consecuencia la Madre de la Fe. Por eso Jesucristo dice: "pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá; porque quien pide recibe, quien busca encuentra y a quien llama se le abre" (Mt. 7,7-8).

La objeción está clara: ¿No es cierto que para rezar es necesario la fe? y si es necesario rezar para tener fe, ¿No es esto un círculo vicioso?, ¡Sí señores un círculo vicioso!. Creo que ya lo he dicho, el mundo está lleno de estos círculos viciosos. Pero mirad cómo Dios hace para salir de él. Para rezar es necesario la fe, por lo menos una fe inicial: pero ¿Sabéis lo que es una fe iniciada?, la fe iniciada es la duda; la duda es el comienzo de la fe, como el temor es el comienzo del amor. No hablo de ese escepticismo que afirma dudando, sino de esta duda familiar quizá en muchos de los que me escucháis; de esta duda sincera que les hace decirse: ¡Después de todo aún siendo imperfecto y temeroso soy obra de una providencia que me gobierna y vela sobre mí!. ¡Quizá!. Esta sangre que hace unos instantes ha sido derramada en el altar, es la sangre de un Dios que me ha salvado. Quizá he llegado al conocimiento y al amor de esta Dios. Y quizá esta duda es la que está al comienzo de la Fe, y esta Fe iniciada nunca la arrancareis de vuestro corazón; Dios la ha gravado con diamante. es la fe al estado impreciso y que pasará al estado de convicción si vosotros lo queréis; pero que no llegará a ello si no lo crees. Quien se preste a todo, a confesar a Dios o a negarlo, a amarle o a odiarle. La tenéis tan dentro esta fe que la combatís y que queráis deshaceros de ella. La persecución misma es un homenaje que le estáis rindiendo: solamente se persigue a aquello que se estima. La persecución viene de una fe no confesada y que tiene miedo de ella misma. La persecución es un acto de fe. Los filósofos de la antigüedad despreciaban el paganismo, pero dejaban tranquilos a los dioses; estos dioses no daban la fe, por eso los filósofos no les temían. Jamás la duda había bajado a su corazón desde la frente de Júpiter y Neptuno. Pero cuando vino el cristianismo estos príncipes que no creían en sus ídolos y que estaban tan agusto siendo grandes sacrificadores; estos opulentos que se gozaban en el orgullo de sus hecatombes; estos escritores que veneraban a Apollón y a Mercurio, todos estos hombres se levantaron contra la verdad. Se levantaron cuando la verdad les dio miedo, cuando la fe entró en ellos con la duda. Sí, no se nos odia más que cuando en nosotros hay demasiada verdad, una verdad demasiado visible. Si nosotros trajésemos la mentira nos adorarían, nos pondrían en los altares; nos dirían: dad la fe a la muchedumbre y haced que ella nos sirva. Pero como pretendemos que crean de igual modo los grandes y los pequeños, del mismo modo que nosotros penetramos a través de sus vicios y sus pasiones para llevar por lo menos la duda en su corazón, se levantan contra nosotros, quisieran imponernos silencio, quisieran que a partir de ese momento nada en el universo les hablase de Dios, para ver si la conciencia dejaba de hablarles.

Señores, todos podemos por lo tanto rezar, porque todos nosotros creemos o dudamos. Insectos de un día perdidos bajo una rama de hierba, nos agotamos en vamos razonamientos, nos preguntamos de dónde venimos y a dónde vamos; pero ¿no podremos decir palabras como éstas: "Oh tú cualquiera que seas, ¿Qué nos has hecho, dignate sacarme de mi duda y mi miseria", ¿Quién no puede rezar de esta manera?, ¿Quién tiene excusas si no intenta fundar su fe en la oración?.

Ojalá señores os haya inspirado por lo menos el buen pensamiento de volveros hacia Dios por la oración, y rehagáis vuestra relación con él, no solamente por el espíritu sino por el movimiento del corazón. Esta es la esperanza que me llevo. Es el voto que formulo al dejaros. Dejo en manos de mi obispo (Mns. Quelen) esta sede de Nuestra Señora fundada desde entonces, fundada por él y por vosotros, por el pastor y por el pueblo. Por un momento este doble acontecimiento habitó en mi cabeza: sufrir para que yo lo aleje de mí mismo y que me encuentre solo durante algún tiempo ante mi debilidad y ante Dios.

4.- LA MADRE MARÍA EUGENIA AL PADRE LACORDAIRE.

Ref. Vol. VI - nº 1501 - Diciembre 1841

"Padre, quizás tenga que entrar en el detalle de mis primeros pasos hacia nuestro Señor. He sido educada en una familia incrédula que pertenecía a la oposición liberal de la restauración. Mi madre sin embargo deseaba verme cristiana y su gran y enérgico carácter la llevó a imprimir en mi educación un carácter de renuncia que siempre me pareció más cristiano que muchas de otras educaciones religiosas. Mi ignorancia de los dogmas y de las enseñanzas de la Iglesia eran inconcebibles y sin embargo había recibido como los demás las instrucciones comunes del catecismo, había hecho la primera comunión con amor, y Dios mismo me concedió gracias que con su palabra fueron el fundamento de mi salvación. Me quedé sin madre a los quince años para ir a parar a una casa menos religiosa todavía y ahí dejé de acercarme a los sacramentos donde sin embargo Dios se manifestó siempre a mí con fuerza aunque yo fuera a buscarle con poca frecuencia. Las dudas que siempre habían estado en mi mente se fortalecieron, pasé unos años interrogándome sobre el fundamento y las consecuencias de estas creencias que nunca comprendí. Sola y libre en mi pensamiento que no interesaba a nadie me preguntaba a menudo qué sería un día de todos estos seres y de mí misma sin más allá de la tumba quedaría algo de nosotros y sobre todo cuál era el misterio y el deber de nuestra existencia aquí abajo.

Pero Dios en su bondad me había dejado un lazo de amor; podía dudar de la inmortalidad de mi alma pero rechazaba espontáneamente todo lo que atacaba al Sacramento de nuestros altares y cuando en la iglesia, algunas veces veía la santa Hostia en las manos del sacerdote le pedía a pesar de mí que me hiciera sin mancha como ella y que me atrajera hacia lo alto.

Pero toda mi instrucción en la que Cristo no contaba para nada era por su desarrollo mismo un obstáculo invencible ante aquello que me atraía. Un nuevo cambio me llevó con unas mujeres muy piadosas y ese fue quizás mi mayor peligro. Me aburrían, me parecían estrechas y aunque estando con ellas volví a retomar mi confesión anual de pascua; quizás, jamás, tuve tan fuerte el espíritu del mundo ni estuve tan cerca de despreciar el espíritu de Dios.

Entonces fue padre cuando, la misericordia que me perseguía me condujo a su conferencia. Puesto que había que asistir a los actos de cuaresma, yo había elegido su conferencia. La gracia me esperaba allí. Su palabra respondía a todos mis pensamientos explicaba mis instintos, completaba mi inteligencia de las cosas, reanimaba en mí la idea del deber, el deseo del bien, dispuestos a permanecer en mí alma; me daba una generosidad nueva, una fe que nada haría vacilar.

No quiero decirle, padre, que mida mi agradecimiento, esos beneficios solamente se ganan en el cielo pero yo puedo decir que desde entonces no ha habido para mí ni sacrificio ni oración en el que el recuerdo suyo haya dejado de tener el primer lugar.

Era el último año de sus conferencias. Antes de su partida para Italia me atreví a pedirle unos momentos y aunque lo único que hice fue hablarle de mis dudas, de las dificultades de mi posición y que mis primeros pensamientos de vocación religiosa no provocaron más que su sonrisa, sin embargo yo estaba realmente convertida y había concebido el deseo de dar todas mis fuerzas o mejor dicho toda mi debilidad a esta Iglesia que a mis ojos sólo ella tenía, aquí abajo el secreto y el poder del bien.

5.- Sobre la Primera Comunión:

Ref. P.A. nº 32 - Pascua 1981: "M. M. E. y la Eucaristía"
 "Algunas constantes de la espiritualidad de M.M.E. de Jesús",
 Por Sr. Jeanne-Marie - 1976 (Introducción, p. 5-6-7).

“Una mirada toda en Jesucristo”, Por el P. Lafrance, 1976
 = estudio sobre la gracia de la Navidad de 1829.

6.- Notas de M^a Eugenia, Vol. II - n^o 154, 1837

"... Cuanto me urge el Espíritu Santo para querer lo que Dios quiere, y qué claramente me muestra mi vocación escrita en los consejos de un director enviado por Dios y a quien él ha clarificado para conducirme en mi posición en las gracias que Dios me ha concedido y me concede, en las luces que me da hasta en el proyecto de esta obra hacia el fundador de la cual me ha enviado de una manera tan extraordinaria; finalmente en mi deber de trabajar para obtener la salvación de mi madre y de lo que yo amo, lucho contra el Espíritu Santo y desgraciada como soy procuro escaparme. ¡Dios sea bendito!. Hasta aquí he sido vencida en la lucha. Entonces en el fondo de mi cansancio, de mi tristeza, de mi angustia, diría casi de mi agonía, termino siendo por decirlo de alguna manera forzada a ponerme en las manos de Dios de decirle: que se haga tu voluntad cualquiera que sea, da lo mismo lo que me cueste, pongo mi vida, mi voluntad, mi pensamiento, mi cuerpo a lo que él quiera, de tal manera que si quisiera que yo entre en una orden más austera, que yo sufriese mucho y de todas formas, lo haría mañana mismo. En cuanto dije esto sinceramente, una paz inefable invadió mi alma. Todos mis pensamientos y mis inquietudes se calmaron, todo me parece fácil, y me parece estar segura de que Dios está conmigo, que le doy gusto, que me acepta y que estoy unida a él. No me queda el menor escrúpulo y me parece que esto lava mis faltas; estoy fuerte, alegre, contenta de mí misma, dispuesta para la oración, llena de energía, de dulzura y de paz. Me queda únicamente pedir a Dios lo que él quiera y yo lo haré con tanta confianza. Esto lo sé muy bien cuando he rezado..."

Más tarde en otro texto, de la misma época:

"... Dios ha hecho tanto por mí, que yo quiero hacer alguna cosa por su nombre, no porque necesita de mí sino porque no hay que oponerse a los designios de Dios. Dios se complace en hacer estallar su poder en lo que hay de pequeño, pero no conviene que este pequeño gusanito que somos se revele; la arcilla no se revela contra el alfarero que la moldea. Sin la fidelidad de la Virgen a las gracias recibidas, sin su consentimiento a los designios de Dios sobre ella, la tierra quizás no hubiera visto al Salvador. Dios nos ha hecho libres, libres incluso para contradecir sus designios..."

"... pero soñemos también con alegría que el sacrificio de nosotras mismas a la voluntad de Dios, la fidelidad para obedecer a las inspiraciones de la gracia, pueden a pesar de nuestra pequeñez producir un gran bien. Nosotros nos situamos también en el orden de la providencia de Dios, le dejamos libre para derramar en nosotros los tesoros de su bondad, y como le gusta hacer las cosas grandes con medios débiles no podemos más que reconocer el bien que él nos concede hacer y que no hubiéramos podido sondear la profundidad del mal del que pudiéramos haber sido la causa.

Por eso cuando desde hace un año mi corazón palpitaba en nombre de mis contemporáneos, ilustres defensores de la fe, Lamennais, antes de su caída, Lacordaire, Montalenbert y todos los demás por lo que yo soñaba ser hombre para ser como ellos de mucha utilidad. De tal manera que yo pensaba que ellos salvarían la Patria haciéndola impregnarse en la fuente de la verdad, y nunca pensé que también yo llena de miserias y debilidades podría asociarme a sus grandes destinos. Sin embargo así es, pues mi humilde sacrificio, si es completo, Dios lo bendecirá como sus grandes pensamientos. Quizá yo conozca santas entre las niñas y quizá ellas ejerzan también grandes influencias para la salvación. Todo esto es posible únicamente si yo sé morir a mi misma para que Jesucristo viva en mí, el Dios que se digna bajar hasta mí. Entonces él pondrá en mí lo que él quiera recompensar. ¡Qué maravilla de amor!, ante eso no cabe más que humillarse y adorar"

7.- De l'abbé Combalot,

Ref. “**Introducción a las Constituciones de las Religiosas de la Asunción**” - 1839-40 **Conclusión.**

... Conocer únicamente la ciencia de Jesucristo.

Pues bien, creo mis queridas hijas que debéis esforzaros por penetrar en la ciencia de la Iglesia, no para ser fuertes, sino porque tenéis que llegar a ser hijas de la luz, de celo y de amor.

Mirad cómo la ciencia de la fe ha brillado en todas estas santas, la gloria de la virginidad que encontraron en Jesucristo conocido y amado como sabían amar y conocer, estos torrentes de luz cuyos escritos atestiguan aún su profundidad. Catalina de Alejandría, de Siena y de Gévora, Tesera, Gertrudis, Magdalena de Pacis, recibieron del mismo Jesucristo esta ciencia, esta ciencia sagrada que vosotras queréis pedir a la Iglesia, su esposa con el único fin de someter para siempre a su influjo a la joven generación que os será confiada y que tiene que aprender de vosotras a encontrar la verdad y la vida de la que está sedienta en el seno del salvador, y también en el seno de aquella a quien se dio el sacerdocio maternal de la luz. De María ha salido el Sol de Justicia, Jesucristo nuestro Dios. Vuestra alma debe, a ejemplo suyo, convertirse por la gracia de lo alto, en un santuario, del que saldrán para vuestras alumnas algunos rayos de ese sol eterno, que surgió con toda su luz del seno virginal de vuestra Madre y de vuestra reina.

Por tanto no os extrañéis mis queridas hijas si insisto con tanta necesidad de referir todos vuestros estudios y todos los métodos de enseñanza y educación la ciencia, al amor de Jesucristo y de su madre. No os sorprendáis pues si me esfuerzo en desterrar de nuestra casa todos esos elementos de una falsa ciencia con la que se envenena la imaginación, la memoria, el espíritu, el corazón y la vida de la joven al exaltar su vanidad, su egoísmo y su orgullo.

San Pablo, nuestro querido maestro escribía a los fieles de Corinto: "Doy continuas gracias a Dios porque os ha hecho ricos de su ciencia y de su Palabra y porque el testimonio de Cristo se ha confirmado en vosotros, de modo que se os ha concedido toda gracia", y añade: "en cuanto a mí hermanos, cuando fui a vosotros, no fui con prestigio de la palabra o de la sabiduría del mundo a anunciaros el testimonio de Dios, pues no quise saber entre vosotros sino a Jesucristo y éste crucificado. Y mi palabra y predicación no tuvieron nada de los persuasivos discursos de la sabiduría humana, sino que fueron una demostración del Espíritu y del poder de Dios, para que vuestra fe se fundase no en sabiduría de hombres sino en el poder de Dios".

He aquí mis queridas hijas el resumen de todas las teorías que debe desarrollarse en nuestra pequeña congregación y presidir la enseñanza de nuestros internados.

Dos ideas llenan y dominan mi alma, cuando pienso en prepararles a una especie de sacerdocio regenerador al que estáis llamadas, a ejercer sobre las jóvenes que vendrán a formarse al amparo de vuestros ejemplos y de vuestras lecciones.

Quisiera preservar a nuestra familia incipiente de todos los escollos de una ciencia orgullosa y mundana que no cesaría de multiplicarse. Trato pues de evitarles de esta ciencia curiosa y vana que deseca el alma al engreír el espíritu y al extraviar la razón; pues deseo mucho más, mis queridas hijas, veros avanzar por las vías de una perfección plenamente espiritual y plenamente celestial que veros alcanzar un desarrollo intelectual que pudiera exponeros a desviar vuestros espíritus y vuestros corazones del único objeto que queréis conocer y amar, es decir, Jesucristo."

Me he propuesto en segundo lugar la solución de ese difícil problema: fundar una congregación de enseñanza de vírgenes que derramen, por medio de una educación iluminada y profundamente cristiana, todos los gérmenes de regeneración en la familia y en la sociedad penetrando el espíritu, el alma y el corazón de la joven de la ciencia y del amor a Jesucristo, de manera que ya sea, que las hijas de la Asunción dejen la oración por el estudio, ya sea que dejen las ocupaciones sencillas, pobres y escondidas de la vida religiosa para enseñar, jamás ellas no pierdan de vista a Aquel cuya ciencia sobreeminente hicieron decir a San Pablo: "He estimado todo como basura para no saber más que la ciencia de Jesucristo".

Así, mis queridas hijas nuestro método de enseñanza consistirá en sustituir en todo momento la razón decadente por la fe; La naturaleza oscurecida y degenerada por la gracia; en una palabra, la ciencia humana y el egoísmo por la ciencia y el amor a Jesucristo.

Esta teoría de origen completamente divino, no ha sido tanteada todavía por lo menos plenamente en la educación de los internados, pero para nosotras es un motivo más para esperar que la protección del cielo no faltará en nuestros esfuerzos. Ya es tiempo y hora de conceder a la mujer verdadera raíz del árbol social todos los elementos, toda la savia de la revelación y de la gracia que son los únicos que pueden preservarla de los tristes escollos de una ciencia orgullosa y falsa y así impedir que la familia alimente su vida con un sensualismo intelectual, moral y físico que conduciría infaliblemente a la ruina de la sociedad entera.

Pidamos pues, mis queridas hijas, al Padre de nuestro Señor Jesucristo que os llene del conocimiento de su voluntad, dandoos la plenitud de la verdadera sabiduría y de la verdadera ciencia que San Pablo pedía a Dios para sus queridos discípulos, a fin de que su ejemplo caminéis bajo la mirada paternal del Señor embelleciendo el árbol de su congregación con todas las virtudes y haciéndola crecer en la ciencia de Aquel en quien reposa todo en el orden de la naturaleza y de la gracia.

8.- Las cartas citadas de M. M. E. al P. d'Alzon,
se encuentran en los Volúmenes VII (1841-43)
y VIII (1844-45),
Que las comunidades deben tener.

9. – Texto de un retiro de la M. M. E.:
“Bondad y Sabiduría de Dios” - Vol. II - nº 225, 1863.

El principal desorden al que este retiro debe poner remedio es la disposición de mi alma a refugiarse cuando sufre en un sentimiento del deber rígido, costoso y duro, sin amor y dejando bajo ese rigor un fondo de irritación. Recordaré que el mayor de todos los preceptos es éste: "ama al Señor, tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente...", y el segundo es semejante al primero: "ama a tu prójimo como a ti mismo". Todo está encerrado ahí y nada vale sin eso, por consiguiente todo debe salir de ahí. Finalmente que este espíritu de amor en las obras debería ser tanto más dominante y visible en nosotras como lo es el espíritu de nuestra regla: " ante todo, mis queridas hermanas...".

Seré ayudada por las ideas que me hicieron tanto bien en este retiro, no porque yo no hubiese sabido antes, sino porque Dios ha hecho que penetrasen en mí:

- 1) - Que como el objeto propio del amor es la bondad, el amor infinito de Dios, en sí mismo descansa sobre la bondad infinita que la sabiduría infinita ve en él. Lo que encierra esta verdad no puedo comprenderlo; sin embargo esta sabiduría infinita viene a mí por la comunión y habita por la gracia, y este amor me ha sido dado en la confirmación. Pero cuanto más me supera la noción de la bondad infinita a los ojos de la sabiduría divina, más debo comprender que supera toda bondad conocida por mí, todo deseo que se pueda formar en mí, que debe ser para mí un pensamiento delicioso, que de él debo esperar todo y someterme a él con la más suave y dichosa confianza sin dudar nunca del bien que quiere para mí en todo lo que me envía.
- 2) - Soñaría en segundo lugar, que en Jesucristo me ha dado todo esta bondad divina, en efecto el perdón de mis pecados, las gracias que necesito, los méritos que me faltan y que cuando por amor Dios me ha dado a su único hijo y en él todos sus tesoros preveían mis pecados y mis infidelidades que a pesar de esta previsión me hizo nacer en la Iglesia Católica y me destinó a la Vida Religiosa para que fuera miembro y esposa de

este Salvador y aunque yo abusara de todas las gracias me queda siempre por el gran don de Jesús la gracia de la oración con la que puedo obtener todas las demás, lavar y enriquecer mi alma por la ofrenda de la Cruz, de la Pasión y de los méritos de mi Salvador. Y que finalmente si como lo pienso algunas veces, cansada de mi mediocridad y de todo lo que yo opongo a sus gracias, Dios no esperaba de mí más que la perfección de una esposa no me hubiera esperado tanto tiempo; este Maestro Todopoderoso no necesita mis servicios, es mi amor lo que pide y que si me ha soportado con tanta misericordia hasta aquí es para que le dé por fin lo que le debo de fidelidad, de confianza y de amor.

Mi gran resolución es por tanto dar cada mañana mi corazón al amor prometiéndome el llenar todo el día con actos interiores de amor de Dios a través de la oración, bien sea con acciones exteriores animadas por el amor de Dios y del prójimo. Jesucristo vivió únicamente de este doble amor; cuando el mío miserable no puede reproducirlo con su ayuda me acercaré a su corazón y procuraré dejarme vivir en él.

Las cruces hasta aquí me han turbado. Ellas son sobre todo las que necesito ver en la bondad de Dios y persuadirme de esta palabra de un Santo, que la Cruz que ha traído la paz a la tierra no está hecha para quitar la paz del alma. Tengo que cogerlas con confianza, con paz corrigiéndome de lo a menudo hice hasta ahora, que consistía en encontrarles demasiado pequeñas para ofrecérselas a Dios y en espera de mi Bien, y lo suficientemente grande para aplastarme".

(Madre M^a Eugenia a los 46 años).

10.- De la M. M. E., en 1878 - Vol. II - n^o 232.

"Al meditar estos días que soy creatura de Dios, que le pertenezco para servirle y que es mi meta, me he sentido cogida por el amor que impulsó a Dios a crearme y a pedirme mi servicio para llegar a ser mi meta. Apoyarme en este amor para conseguir esta meta eso es lo que debe ser mi fuerza".

(M^a Eugenia a los 61 años).
